

Apertura e intimidad: directrices espirituales de Thomas Merton para el siglo XXI



Fernando Beltrán Llavador

Queridos amigos, Padre Abad, comunidad de Viaceli: es éste un encuentro feliz, largamente deseado y que acompaña a otros retiros similares que están teniendo lugar en distintos lugares de Europa y de América a lo largo del año, lo que constituye una contribución modesta a la construcción de un espacio de paz en la "geografía sin fronteras" del Espíritu.

Quisiera empezar agradeciendo muy especialmente la hospitalidad fraterna y generosa de la familia cisterciense en Viaceli en la persona de su Padre Abad, los mil detalles organizativos que todos sabemos esto supone, la aceptación y contribución generosas del Padre José-Román Flecha, el afecto y entusiasmo de la Hna. M^a Luisa López, Concepcionista Misionera, la amabilidad de Juan Ley, de USA, y la colaboración y presencia de cada uno de los asistentes. Quién sabe si, como deseamos, esto sea germen de una pequeña sociedad mertoniana semejante a las ya existentes en Estados Unidos e Inglaterra e Irlanda, en respuesta a intereses compartidos en el ámbito hispanohablante.

Inspirados por la espiritualidad de Merton, en el marco de la matriz monástica que hizo de él en verdad un hombre nuevo, vamos a gozar del raro privilegio de contar con tres días de cultivo personal y conjunto de sus semillas de contemplación, días de escucha profunda de los gemidos del mundo y de los anhelos del corazón, y jornadas de celebración, gratitud y alabanza, algo que requiere las actitudes ponderadas de apertura e intimidad.

Apertura e intimidad religiosas son los dos polos de una constante y dinámica tensión creativa que explican que el singular viaje monástico de Thomas Merton tenga alcance universal. La "re-ligación" verdadera, en la experiencia de Merton (quien, a su vez recoge el rico legado de la tradición del Císter), reclama el concurso de ambas disposiciones y sin ellas la persona cae en olvido tanto de su filiación divina como de su horizonte de sentido. Hombres y mujeres con señas de identidad muy diversas podemos reconocernos hoy en día en la lucha, nunca fácil pero siempre plenamente humana, que Merton sostuvo por mantener el equilibrio entre ambas. Y es que Merton, en su condición de monje, se percató de que lo que nos plenifica es un misterio de amor que trasciende infinitamente, sin repudiarlas, las dimensiones sensorial, emocional y racional del ser humano. Mas esa luz inefable, que los cristianos reconocemos como Dios del Amor y realidad trascendente, es a la vez lo más íntimo de nuestro ser, más incluso que nosotros mismos, hasta el punto de que sin ella no existiríamos.

Esas dos experiencias axiales de apertura a la trascendencia e inmanencia íntimas, que no son sino los ejes de la ciencia de la Cruz del Cristianismo, y las inmensas consecuencias existenciales que de ellas se derivan, son el elemento vertebrador de la vida y obra de Thomas Merton.

Su voluminosa producción, sus reflexiones, cartas, plegarias, sus preocupaciones, diálogos, encuentros, su miríada de intereses no son sino variaciones sobre ese mismo tema. "*Mis ideas* -escribe Merton en su diario (25 de enero de 1964)- *están siempre*

cambiando, siempre moviéndose alrededor de un centro, siempre viendo ese centro desde ángulos diferentes." Bajo esa luz cabe entender que él hablara del monasterio utilizando indistintamente el epíteto clásico "escuela de caridad" o el moderno "escuela de realidad". Contemplar, amar y obrar son, en síntesis, los radios que emergen de ese centro y convergen en él.

Conviene valorar la relevancia de ese mensaje esencial de Merton en el contexto de nuestro mundo. Aún cuando resulte imposible tratar de comprenderlo de manera mínimamente justa en toda su complejidad, hay rasgos que hoy parecen incuestionables, bien que su valoración resulte igualmente compleja y requiera de una singular capacidad de discernimiento: una de las características más destacables de nuestros días es el fenómeno de globalización cultural y sociológica que, no sin falta de fundamento, se ha identificado frecuente, aunque no exclusivamente, con una aplastante americanización de la vida cotidiana y, lo más preocupante, con la entronización del llamado "pensamiento único". Si bien éste restringe sus postulados al campo de actuación económica, de hecho impone un único y reduccionista modelo de representación de toda la realidad, hasta el punto de que algunas voces han visto en su expansión la última, y seguramente la más perversa, forma de idolatría universal. El nuevo "culto" combina fórmulas de egoísmo personal con la grosera propuesta de que el mercado es una entidad todopoderosa y autónoma, ajena a toda voluntad y decisión política, ética y moral e inmune a la libertad y responsabilidad histórica.

Una suerte de "deus ex machina", en breve, exento de todo control que persiga establecer fórmulas de justicia, modos de proteger a los desheredados o vías de afirmar la dignidad irrenunciable de toda persona y de acabar con cualesquiera formas de sobrexplotación de la naturaleza. El "pensamiento único", que no invade por dominación abierta sino por seducción, introduce sutilmente una poderosa constelación de ideas que, de una forma muy simple se resumen en dos simples ecuaciones, a saber, que ser ciudadano es sinónimo de ser consumidor y que la consumación de la felicidad consiste en la consumición de la misma, ahora redefinida como la suma o sucesión de gratificaciones, por lo general sensoriales, muy primarias e inmediatas.

En tiempos de zozobra y perplejidad, cuando no de confusión, extremas como los nuestros, Merton concluye que, por encima de programas de acción o de misión específicos, más allá de las pertinentes adaptaciones estructurales o coyunturales monásticas o eclesiásticas, testimoniar la vivencia personal de la inmanencia y de la trascendencia de Dios e "irradiar" nuestra intimidad con Cristo y nuestra apertura al Espíritu sigue siendo la única propuesta cristiana necesaria y suficiente, un apostolado exigente y exigible y una respuesta plenamente humana y convincente. Algo que ha de concretarse en todos los ámbitos de nuestra vida, religiosa o seglar, profesional, matrimonial, comunitaria, etc... Y en todas nuestras relaciones: con Dios a través de la oración, con el prójimo y la naturaleza a través de la caridad y la alabanza y con nosotros a través de la escucha y la humildad.

Aunque Thomas Merton refleja su experiencia de Dios en fechas anteriores a las nuestras, quisiera comenzar esta pequeña selección destacando lo que le ocurrió oyendo misa el 29 de abril de 1940 en Camagüey (Cuba):

"Supe con la certidumbre más absoluta e incuestionable que ante mí... ([pero] en ningún lugar) directamente presente a algún tipo de aprehensión mía más allá de los sentidos, estaba a la vez Dios en toda su esencia, en todo su poder, en la carne y en sí mismo y rodeado de los rostros radiantes de miles, de millones, de innumerables santos contemplando su gloria y alabando su santo nombre. La certeza incommovible, el conocimiento claro e inmediato de que el cielo estaba justo ante mí, me sacudió como un trueno y me atravesó como un rayo que parecía que me sacaban al instante de la tierra."

Esa experiencia precipitaría su posterior andadura de conversión y transformación personal, que sería acrisolada paulatinamente en el monasterio de Getsemaní. Si Merton convence a lectores de todo tipo es porque en él se percibe, y en verdad podríamos decir que se anticipa, y se participa de, una experiencia genuina de Dios. Esa experiencia inspira e impregna los escritos de Merton, que rezuman savia vital y relevancia existencial.

Aunque la siguiente descripción (8 de abril de 1941) es la de un recién enamorado, el sincero dibujo que hace Merton de su comunidad monástica como un paraíso en la tierra poco antes de ingresar en ella esconde las promesas, y las premisas, para la felicidad en la nueva tierra y el nuevo cielo:

"Para ser pequeños como niños, debemos jugar como ellos, hacer cosas no porque sean físicamente necesarias, sino libremente, casi como si fuera de modo arbitrario, por amor... Los resultados (de este uso del trabajo como juego) son una perfecta comunidad, una granja maravillosa, bellos jardines, una capilla preciosa... que hacen de esta abadía la única comunidad de verdad excelente de entre todas las (comunidades) políticas, religiosas, o de cualquier tipo, en todo el país."

En esta declaración, a primera vista naïve, se sintetiza el proyecto auténtico para una comunidad humana inspirada por los valores evangélicos: obrar por amor, asumir el cuidado de la creación, vivir juntos en alabanza, ser humildes como niños... Seis años después, ya monje de Getsemaní (20 de abril de 1947), Merton insistirá, con renovada determinación, en la absoluta necesidad de ir a las raíces, origen de la verdadera radicalidad transformadora:

"Ir a la raíz: la unión con Dios. Dejarlo todo y esconderte para encontrarle en el silencio en el que está oculto contigo. Escucha lo que tiene que decir."

El testimonio de innumerables santos o de comunidades enteras a la escucha sincera de Dios a lo largo de toda la historia nos dice que desde la raíz se pueden efectuar cambios cualitativos inusitados en toda la familia humana.

Un año más tarde, con similar énfasis (6 de septiembre de 1948), escribirá:

"Hacer de la Regla el sentido completo de mi existencia no es suficiente. Hacer de una Orden, de una tradición espiritual, el centro de mi vida, no basta. La contemplación, de por sí, no basta. Algunas de las cosas que me son necesarias: mi entrega completa a Cristo, transformación, sencillez y pobreza totales."

El 15 de mayo de 1949, poco antes de su ordenación sacerdotal, reconoce que la oración es su vocación

"pero -escribe- ahora hay mucho más. En vez de mí y mi Cristo y mi amor y mi oración, está la fuerza de una oración más fuerte que el trueno y más suave que el vuelo de las palomas, que brota del Sacerdote que es el mismo centro del alma de todo sacerdote, sacudiendo los cimientos del universo y elevándolo todo -a mí, a la Forma consagrada, al altar, las personas, iglesia, abadía, bosque, continentes, mares y mundos- a Dios y poniéndolo todo en su seno."

¿Acaso no estamos llamados todos los cristianos igualmente a ponerlo todo en sus manos? Lejos de seguir una trayectoria de pura trascendencia que pudiera alejarle del mundo o verse separado o superior a él, Merton equilibraría su deseo sincero de estar con

Dios, con la admisión llana de su condición humana, y con ella, su incursión en el "desierto de la compasión".

Así, el 3 de marzo de 1951, escribe:

"Venir al monasterio ha sido, para mí, exactamente la clase correcta de apartamiento. Me ha dado perspectiva. Me ha enseñado a vivir. Ahora le debo a todos los demás el hacerles partícipes de esa vida. Mi primer deber es comenzar, por primera vez, a vivir como un miembro de la raza humana... Y mi primer acto humano es reconocer cuánto le debo a todos los demás. Hay un mundo por el que Cristo no rezaría, pero el mundo fue creado por Dios y es bueno y, a menos que ese mundo sea nuestra madre, no podemos ser santos porque no se puede ser santos si antes de nada no somos humanos."

Y desde Dios, con los hermanos, en una trayectoria espiritual de "solidaridad" desde la soledad, Thomas Merton comienza a asumir en carne propia los compromisos humanos de su tiempo y nacionalidad, y a interrogarse acerca de ellos. El 29 de diciembre de 1957 escribe:

"En un mundo con una estructura económica tan complicada como la nuestra, ya no se trata de que 'mi hermano' sea ciudadano del mismo país. Desde el momento en que la economía de otro país sirve a los intereses económicos de mi país, soy responsable de las personas de ese país 'que pasan necesidad.' ¿En qué consiste mi responsabilidad? ¿A qué me obliga? ¿Quién puede responder? ¿Tiene razón Marx cuando dice que el mundo capitalista ni da, ni puede buscar una respuesta honesta? Me inclino por darle la razón (...) de ahí mi obligación de estudiar cuestiones de historia, economía, etc., en la medida en que pueda. Esta obligación no entra en absoluto en conflicto con mi vocación 'contemplativa.' (...) En cualquier época, la responsabilidad social es la clave de la vida cristiana."

Como contrapunto, a la vez que complemento de lo anterior, un año más tarde escribiría (3 de agosto de 1958):

"Nuestra cooperación (buscar primero el Reino de Dios) consiste no sólo en conformarnos a leyes sino en abrir nuestra voluntad a [un acto creador que haga surgir algo absolutamente nuevo], que debe darse en y a través de nosotros, por voluntad de Dios. Ese es mi gran objetivo: dejar todo lo demás a un lado. No quiero crear meramente para y por mí mismo una nueva vida y un nuevo mundo, sino que quiero que Dios los cree en y a través de mí. Eso es algo central y fundamental; con eso uno nunca puede ser un mero marxista comunista. Debo llevar una nueva vida, y un nuevo mundo tiene que venir. Pero no a través de mis planes y de mi agitación."

El 6 de junio de 1960, tras subrayar (el 25 de marzo) la absoluta donación de Dios a sus hijos en la encarnación de Cristo, Merton se propone (y me atrevería a decir que nos propone):

"descubrir todas las implicaciones sociales del Evangelio, no estudiándolas, sino viviéndolas, y unirme explícitamente a quienes anticipan y trabajan en aras de un orden social y una transformación del mundo según estos principios: la primacía de la persona (y por ende, de la justicia y de la libertad frente a la esclavitud; de la paz,

del control de la tecnología, etc.) La primacía de la sabiduría y el amor (y por ello tanto, frente al materialismo, hedonismo, pragmatismo, etc.)".

Ese mismo año, destacaría algo de absoluta importancia no sólo para preservar el carisma monástico y poder transmitir el tesoro de la espiritualidad, sino para garantizar la pervivencia del factor humano en las generaciones venideras:

"Repensar los pensamientos que fueron fundamentales a los hombres de otras épocas, o que son fundamentales a los hombres de otros países. En mi caso, especialmente, la Latinoamérica contemporánea, el periodo griego de la patrística, el Monte Athos, la China de Confucio, la dinastía T'ang, la Grecia presocrática... Obligación de (...) absorber, digerir, recordar. Memoria... Para mí, es una expresión de amor a la humanidad y a Dios. Una expresión sin la cual mi vida contemplativa carecería de sentido. Y compartir eso con las personas de mi tiempo." (8 de septiembre de 1960).

Merton haría suya una intención que hoy en día marca el aliento del diálogo interreligioso monástico de forma decisiva y cuyas consecuencias habrán de seguir siendo el termómetro de un ecumenismo universal y fraterno en nuestro siglo. Leemos en la entrada de su diario de fecha 22 de agosto de 1961: "Enfatizar y clarificar el contenido de las tradiciones espirituales, especialmente de las cristianas pero también de las orientales, adentrándome yo mismo en sus disciplinas y experiencia, no sólo por mí sino en bien de todos mis contemporáneos que puedan estar interesados y sentirse inclinados a escuchar. Ello en aras de la recuperación de la cordura y equilibrio humanos, para que el hombre pueda volver a los caminos de la libertad y de la paz, si no en mi propio tiempo, al menos en algún tiempo cercano."

Y a la par que lo anterior, su pronunciamiento en contra de la guerra, fundamentado en las enseñanzas del Príncipe de la Paz, se hace diáfano:

"Soy uno de los pocos sacerdotes católicos del país que ha abogado inequívocamente por una lucha completamente intransigente en favor de la abolición de la guerra y del uso de medios no violentos para la resolución de conflictos internacionales. Y por implicación, no sólo en contra de la bomba, de las pruebas nucleares o de los submarinos Polaris sino en contra de toda forma de violencia." (23 de octubre de 1961).

Al referirse al papel de la teología en la vida espiritual, toma como referencia a Juliana de Norwich, quien muestra claramente el orden a seguir en la elaboración del contenido de cualesquiera revelaciones de amor divino. Se trata, en primer lugar y como fundamento teológico, de tener experiencia de Dios, a continuación de pensar la experiencia a fin de ordenarla y comunicarla dentro de los límites del lenguaje, y finalmente de que ese pensamiento vuelva a penetrar hondamente en la tierra de la vida, hasta el punto de ir impregnando de una forma cada vez más honda, y a lo largo de toda la vida, a la persona entera (27 de diciembre de 1961).

En 1962 (25 de enero), tras veinte años de vida monástica, fiel a su vocación, al término de un retiro, Merton concluye allí donde empezara su ventura y su aventura religiosa:

"1) No puede haber duda ni ambigüedad en mi decisión de ser completamente fiel a la voluntad y a la verdad de Dios. Por eso tengo que buscar siempre y en todo, obrar según su voluntad y su verdad e intentar, con su gracia, ser 'santo.'

2) No puede haber duda ni medias tintas en mi empeño por evitar falsificar esta obra de verdad al tomar demasiado en cuenta lo que otros aprueban o consideran 'sagrado.' En una palabra, podría suceder (o tal vez no) que lo que Dios me pide me haga

parecer menos perfecto a los demás, o que me prive de su apoyo, de su afecto o de su respeto. Llegar a ser santo, por tanto, puede implicar la angustia de parecer, y en un sentido real 'ser', un pecador, un desterrado. Eso puede comportar conflictos aparentes según cierto estándar, que quizá sea mal entendido por mí o por otros o por todos nosotros.

3) La cuestión es aferrarse a la voluntad y verdad de Dios en su pureza e intentar ser sincero y actuar en todas las cosas movido por un amor genuino hasta donde pueda."

El 17 de enero de 1963 Merton afirma algo respecto a la Iglesia que podría iluminar la comprensión de la misma a muchos cristianos sinceros: "La Iglesia [ha de ser considerada] menos como una organización que como un cuerpo vivo de libertades interrelacionadas. La fidelidad no pertenece tanto al ámbito de la Ley como al reino del amor. Pero presupone obediencia y sacrificio."

Paradójicamente, quizás la mayor prueba del crecimiento espiritual de Merton sea constatable allí donde éste muestra abiertamente su fragilidad. Cuatro años antes de su muerte (15 de enero de 1964), Merton, muy lejos de sentirse "realizado", vuelca con pudor íntimo la siguiente confesión en su diario:

"En lo más hondo de mi corazón abrazo la Cruz de Cristo, pero me da miedo verbalizarlo y me pregunto si esa incapacidad es un fracaso de la fe. "¡Soy ignorante, Señor, ten piedad de mí!"

El 3 de marzo de ese mismo año, el famoso y prolijo escritor, el monje considerado ya por muchos un maestro espiritual, escribe:

"Tengo la impresión de que mi educación está comenzando, tan sólo está empezando..."

En 1965 (30 de enero), el monje, ahora ermitaño, cobra nueva conciencia de la presencia de la Virgen en su vida:

"La presencia de Nuestra Señora es importante para mí... Su influencia es una exigencia de amor, y por mucho que hablara de nada serviría para poder explicarlo. La necesito y aquí está."

El Jueves Santo de 1966 (14 de abril), Merton hace explícita la necesidad de esa actitud de apertura e intimidad espirituales que jalona el peregrinaje de los hombres de Dios:

"Una soledad que no es simplemente la apertura del amor y de la libertad no es nada. El amor y la soledad son la base de la verdadera madurez y libertad."

En un nuevo salto de fe, esta vez Merton se dispone interiormente, de manera providencial, a adentrarse en un mundo nuevo. Al preparar su viaje a Asia, que de hecho sería su pasaje a la otra orilla de esta vida, Merton se pone una vez más en manos de Dios. Un extracto de la entrada de su diario, fechado el 3 de julio de 1968, reza así:

"Lo que de verdad me intriga es la idea de comenzar algo desconocido, sin querer ni esperar nada muy especial, tan sólo a la espera de hacer lo que Dios me pida, lo que quiera que ello sea."

Y el 9 de septiembre de 1968 declarará:

"Voy con una mente completamente abierta."

La última entrada de su Diario, el 8 de diciembre de 1968, justo antes de su participación en el encuentro ecuménico de Bangkok, es muy breve. Resulta significativo que Merton inicie sus notas señalando la celebración de ese día:

"Hoy es la Fiesta de la Inmaculada Concepción."

Acaso sea más que mera coincidencia el hecho de que la religión budista conmemore justamente cada 8 de diciembre el acontecimiento del despertar de Buda.

Para concluir, me gustaría remontarme a los orígenes del vuelo monástico de Thomas Merton. En su autobiografía, el joven monje ya se había percatado de una verdad que hoy, quizás más que nunca, nos puede servir para orientar nuestros pasos en este atribulado mundo, si tan sólo nos atrevemos a hacer de ella la carne y los huesos, el latido y el aliento, la esperanza y el impulso interior de nuestras vidas. En ella escribía:

"En un sentido siempre estamos viajando. Viajamos como si no supiéramos hacia donde vamos. En otro sentido ya hemos llegado. No podemos llegar a la perfecta posesión de Dios en esta vida: por eso viajamos y lo hacemos en medio de la oscuridad. Pero ya poseemos a Dios por la gracia. Por eso, en ese sentido, ya hemos llegado y moramos en la luz. Pero ¡ay! ¡qué lejos tengo que ir para encontrarte a Ti a quien ya he llegado!"

Muchas gracias.

(Salvo la última, las citas de Merton proceden en su totalidad de la compilación de sus diarios que recoge el libro editado por Patrick Hart y Jonathan Montaldo, *The Intimate Merton: His Life from His Journals*, HarperSan Francisco, New York 1999, que esperamos próximamente pueda ver la luz en su totalidad en nuestro idioma).

Fernando Beltrán Llavador,
Universidad de Salamanca.
Septiembre, año 2000.
I Retiro mertoniano en España.
Abadía de Viaceli, Cóbreces, (Cantabria).